

que llenó el vaso de los sufrimientos, y Pinedo firmó con los demás diputados una enérgica y valiente protesta contra tan escandalosa arbitrariedad, acto por el cual fué desterrado á San Márcos de Leon, es decir, al mismo lugar que sirvió de cárcel al célebre poeta Quevedo por la cruda guerra que declaró al conde-duque de Olivares, favorito de Felipe IV.

En Leon visitó á los jesuitas, y desde el observatorio de aquella ciudad pronosticó el Sr. Pinedo á los realistas del Papa, que le escucharon absortos, el próximo derrumbamiento de los Borbones de España, vaticinio que los hechos han convertido luego en la más absoluta realidad.

En aquella poblacion hace un magnífico romance enalteciendo aquel antiguo y noble reino, lo que inspira al festivo *Gil Blas* este murmullo:

—Ortiz de Pinedo ha sufrido un gran cambio, dice.

—¿Cuál, cuál?

—Ha hecho un romance *hablando-bien* de Leon.

En estos acontecimientos vemos al hombre que ha luchado de niño, que considera la vida como una lucha, que se arma con el látigo de la sátira, que lo esgrime con suerte, que considera como una necesidad lo que ha adoptado como precaucion, y que si al sonreírle la fortuna no rompe el arma con que hiere y se hiere, es no solo por cuestion de estilo, como él dice, sino por no haber encontrado quien practique la máxima que ¡cosa estraña! él mismo ha escrito y publicado en esta redondilla:

Si no aplaudieran las gentes  
cuando el dardo se dispara,  
si nadie los escuchara  
no hablaran los maldicientes.

¿A qué obedece el epigrama en Ortiz de Pinedo? ¿No le hacen mella acaso las acusaciones políticas? ¿Goza en el mal ageno? ¿Ignora que cada frase le proporciona numerosos enemigos y aleja de él amigos cariñosos? ¿Por ventura no sabe el porvenir del que maldice?

Su comedia *Quien siembra vientos*, es una prueba de que él se juzga con severidad, de que no quiere la reputacion de que goza.

Esta comedia, que es la luz de la moral, proyectando su resplandor en los más recónditos pliegues del alma del maldiciente, es sin duda la señal de un noble y digno arrepentimiento.

Y esto le honra, porque no todos tienen valor para conocerse, y mucho menos para retratarse.

Mendoza exclama en la comedia á que aludimos:

¡Que el agua que ha de beber  
enturbie el que está sediento!  
¡Que haya quien levante el viento  
con que su casa ha de arder!

¿Qué hay que añadir á esto?

Hay que añadir, para que el retrato sea fiel, que el hombre á quien habeis visto *maldecir*, es, en su hogar, en la intimidad de su vida, un modelo de padres, un esposo ejemplar, un hombre recto y de una honradez á todá prueba.

Hasta sus más encarnizados enemigos le hacen esta justicia. ¿Y no demuestra este contraste que hay algo extraordinario en su existencia, que su palabra no obedece á su corazon, sino á un exceso de precaucion primero, y despues al amor propio satisfecho?

¿No demuestra que lucha entre el deseo de ser amado, y la necesidad ficticia que cree tener de ser temido?

El hombre que en un momento de abandono ha dicho:

Una honrada mujer que nos adore,  
hijos en cuya frente resplandezca  
la llama del saber, salud durable,  
los bienes son, que valen en la tierra.

El que despues añade:

Ni del arpa los sonos melodiosos,  
ni el susurro del aura, ni los trinos  
del dulce ruiseñor; nada resuena  
como la voz de los amantes hijos.

no debe, no puede considerar á sus hermanos como enemigos, y no los considera así en el fondo de su corazon.

A la vuelta de su destierro inicia el escritor en la prensa la conciliacion de todos los partidos liberales y desarma los recelos de los progresistas, obtiene un triunfo literario con el drama *Los maldicientes*, y quince días antes de la revolucion de Setiembre escribe el célebre artículo de *La Política* titulado *Impaciencias*, que dió á las huestes políticas la voz de alerta anunciándoles, alegóricamente, y sin que Gonzalez Brabo se apercibiese de ello, el estallido de la revolucion que el 17 de Setiembre lanzaba el grito de ¡Viva España con honra! desde lo alto de las vergas de las fragatas surtas en la bahía de Cádiz.

Dada la batalla de Alcolea, no tuvo ya obstáculos en su camino el ejército libertador, y el Sr. Pinedo se vió de hecho y de derecho convertido en una de las figuras más sobresalientes de la revolucion española;

redacta el 29 de Setiembre la primera *Gaceta* en que se destituye á los Borbones, salva el dia 30 el régio alcázar de las oleadas de la muchedumbre, que en su justa indignacion, queria arrasar la que fué para él guarida de tiranos opresores, y entonces los directores de la revolucion, con una ciega confianza, nombran al Sr. Pinedo único albacea testamentario de la régia familia proscrita por las iras populares, y asistido de dos escribanos se posesiona, á nombre de la soberanía nacional, del trono de San Fernando y Felipe II.

Necesitábase para este importante cargo un hombre liberal, de carácter, y cuyo talento estuviese á la altura de su pureza y condiciones morales, y la opinion pública y el gobierno fijaron los ojos en el señor Pinedo, seguros uno y otro de que habia de reorganizar en breves dias la administracion de la real casa, famosa siempre por su desórden, como lo ha hecho y está haciendo con aplauso general, sin que ni la sombra de una ligerísima sospecha haya venido á empañar la limpieza reconocida por sus enemigos de su buen nombre. El director de los bienes que fueron de la rota corona de Isabel II, quiere que el pueblo dé por inventario el palacio al que sea en lo sucesivo el primer magistrado de la nacion, convirtiendo el Alcázar tradicional de Carlos V en la Casa blanca que sirve de morada en Wasington al Presidente de los Estados de la union de América.

¡Causa asombro y tristeza á la vez lo repentino del cambio operado en pocos dias al soplo germinador de las ideas liberales, únicas posibles en nuestros dias,

y de tanta más fuerza cuanto más tiempo estuvieron comprimidas!

Los restos del fisco son hoy la *maison garnie* de la nueva dinastía que recibirá el cetro bajo juramento y el palacio bajo inventario.

No es posible hallar en los anales de Europa una leccion tan profunda como elocuente de cuán inseguras están las diademas reales cuando se niegan á otorgar las concesiones liberales al pueblo, en quien siempre reside la soberanía.

Aclamado representante de la provincia de Guadalupe, es hoy el Sr. Pinedo uno de los diputados Constituyentes en que más se fijan las miradas del país, ávido de reformas y de leyes que le devuelvan su antiguo poderío y su envidiable grandeza. No serán ilusorias las esperanzas de la nacion. El Sr. Pinedo, sin preocuparse de las personas y sí de las formas democráticas á que es tan adicto, será una vez más digno del alto puesto que ocupa, empleará todas sus fuerzas para cimentar la revolucion regeneradora de España, y procurará que la isla de Cuba se constituya de modo, que sin dejar de ser española, pueda llegar á ser un dia metrópoli de la civilizacion hispano-americana.

Nuestros fervientes votos acompañan al Sr. Pinedo en la senda por donde le empuja su acrisolado patriotismo, y vencerá en la empresa, como saben vencer todos aquellos en quienes la libertad no es una creencia política, sino una necesidad, una religion de su espíritu.

## D. JUAN PALAU Y COLL.

Acusan en general al pueblo de ingrato y de dejarse llevar fácilmente de la impresion del momento. Acusacion injusta que puede desvanecerse con estudiar detenidamente á ese pueblo sobre quien se lanza tal calumnia. El pueblo, el verdadero pueblo es y ha sido siempre justo; puede en la embriaguez del triunfo y en el ardor del combate cometer excesos, porque es imposible contener el torrente impetuoso que se desborda; pero jamás la ingratitud cabe en su seno. Si hoy derriba al que ayer elevó, si hoy escarnea lo que antes ensalzó, no debe culpársele de ingratitud, porque la conducta de los que fueron objeto de sus alabanzas, habrá dado seguramente motivo á sus venganzas y recriminaciones. Pocos monarcas han empezado su reinado rodeados de mas amor y entusiasmo de sus pueblos que doña Isabel de Borbon. Niña, era el ídolo del partido liberal; reina, lo fué un tiempo del pueblo español. Hoy esa reina ha sido arrojada de su trono por el pueblo mismo, por el mismo partido que la elevó; y sin embargo, nadie puede acusar al pueblo español de ingrato. El pueblo ha sido justo y nada más.

El pueblo generoso y noble siempre entrega su amor, sus simpatías y la vida de sus hijos á quien cree digno; pero cuando los objetos de sus simpatías olvidan sus juramentos, faltan á sus palabras y son ingratos, el pueblo entonces hace justicia.

¡Hombres, ayer ídolos del pueblo y que hoy sois objeto de sus recriminaciones, no le acuseis de ingrato; repasad los actos vuestros, examinad vuestra conciencia, y con la mano en vuestro corazon, encontrareis seguramente motivos que os hagan exclamar: ¡El pueblo es justo!

El sufragio universal ejercido libremente, sin pre-

sion, manifiesta claramente que el pueblo no es ingrato. Entrega su confianza, su felicidad y porvenir en manos de quien ha recibido pruebas de afecto, de quien ha brillado por su talento ó buenas acciones.

Una prueba de lo que hemos afirmado la suministra el diputado cuya biografía vamos á trazar rápidamente.

El Sr. Palau y Coll no tiene importancia política; jamás ha tomado parte en las luchas de los partidos; jamás la ambicion ha tomado asiento en su alma; pero Palau y Coll es una gloria de su país, y sus paisanos, orgullosos con razón de sus triunfos, no han podido manifestarle de otro modo su aprecio y admiracion, que entregándole su confianza y nombrándole su representante en las Córtes Constituyentes, de donde ha de salir su ventura.

D. Juan Palau y Coll nació en Palma de Mallorca el año 1829.

Hizo sus estudios en aquella ciudad con notable aprovechamiento demostrando una decidida aficion á la poesia y especialmente al género dramático.

Varias fueron las poesías y ensayos que dieron á conocer su genio y su talento; pero dotado de una excesiva modestia, trabajaba asiduamente y apenas mostraba á sus amigos los frutos de su ingenio é inspiracion.

Encerrado en su gabinete daba rienda suelta á su fecunda imaginacion, y al aproximarse cualquiera, aunque fuese un individuo de su familia ó un amigo de su infancia, escondia precipitadamente sus escritos, como si fuera un delincuente temeroso de ser sorprendido *in fraganti*.

Estudiando, trabajando asiduamente, y siendo el encanto de cuantos le trataban por su carácter dulce

y apacible, y por su corazón noble y generoso, pasó su juventud.

Pero los amigos que le rodeaban veían con dolor que aquel genio permanecía ignorado, y se propusieron vencer la exagerada modestia y la censurable apatía de Palau.

Grande fué la batalla empeñada; grandes los esfuerzos que tuvieron que hacer; pero por fin consiguieron vencer la resistencia del jóven.

Palau se decidió á presentar en Madrid un drama.

Y con el alma llena de zozobra y sobresaltos, solo y desconocido, presentó tímidamente su obra al teatro del Circo.

Como generalmente sucede con empresarios y editores, la obra de Palau fué recibida con frialdad, pues su nombre no era conocido.

Fatal costumbre que suele cortar los vuelos del genio rechazándole en sus primeros pasos, y hace de un buen literato de nombre ya conocido, un comerciante que explota la popularidad de su nombre.

El drama de Palau quedó en poder de la empresa, sin que durante algun tiempo nadie se tomase el trabajo de leerlo.

Por una casualidad hubo de hojearlo uno de los *sabios* censores que frecuentaban el teatro, el cual declaró que era *regular*.

El drama de Palau se llamaba *La campana de la Almudaina*.

Por fin consiguió verlo representado.

El público madrileño no recuerda haber presenciado triunfo más completo, ovación más merecida, éxito más extraordinario que el que produjo *La campana de la Almudaina*.

La prensa unánime victoreó al genio que aparecía; el teatro de Lope y Calderon saludó al que venía á sacarle de la postracion en que yacia.

En efecto, no dudamos en asegurar que *La campana de la Almudaina* es la obra maestra, la más perfecta y notable del moderno teatro español. Concepcion gigantesca, el drama en nada se parecia á lo que hasta entonces se habia escrito; original en sus recursos, original en su magnífico argumento, era una prodigiosa creacion, un fenómeno de inventiva y de genio.

Aun recordamos las impresiones de la noche de su estreno. Cuando entre aplausos llegó el drama al segundo acto, cuando al final del mismo el entusiasmo rayó en delirio, todos se preguntaban al caer el te-

lon, si era ya posible un acto tercero. Literatos, autores dramáticos, hombres prácticos y de talento declararon *imposible* un tercer acto que terminase dignamente aquel drama. Todos juzgaron imposible que pudiera mantenerse el interés del drama á tal altura.

El drama debia decaer irremisiblemente en el tercer acto, porque era imposible buscar recursos para sostener el interés hasta el fin, etc., etc.

El tercer acto empezó, el interés crecía y lo imposible se venció; frenéticos aplausos y una ovación extraordinaria acogieron la obra más acabada que se habia presentado al teatro español. Y todo el recurso, todo el interés del drama estribaba... en un pedazo de cuerda. El nombre del Sr. Palau voló rápidamente en alas de la fama, su reputacion estaba hecha y conquistada su gloria, porque el nombre de Palau será una gloria española, mientras exista el teatro y el rico idioma de Cervantes.

...  
Pero la modestia de Palau ó su invencible apatía, le hicieron volver á retirarse á la vida pacífica y tranquila, y el teatro esperó en vano ocasiones que le proporcionasen nuevos laureles.

Retiróse á las Baleares, y pasó á Palma al lado de su familia.

Hombre de orden y pacífico, no tomó parte en las luchas políticas que desgarraban á nuestra patria; pero cuando la tiranía del gobierno moderado envió á las Baleares gran número de desterrados, Palau los acogió como hermanos, y puso á su disposicion su fortuna y su persona.

Noble por instinto, generoso sin afectacion, fué el ángel tutelar de los que allí desterrados lamentaban el estado de nuestra patria y lloraba sus infortunios. Pero lucieron mejores dias para España. La libertad volvió al seno de su patria á los desterrados, y cuando el pueblo, en uso de sus derechos conquistados, eligió libérrimamente sus representantes para la gran obra de la regeneracion del país, el pueblo de Palma rindió un tributo de admiracion á Palau y le confió sus poderes.

Admiradores del Sr. Palau, no podemos, sin embargo, menos de censurar enérgicamente una cosa; su punible apatía. Hombres como él, genios tan extraordinarios, no se deben á sí mismos, se deben á la patria. El autor de *La campana de la Almudaina*, se debe á la escena. Poseer un talento superior y privar á la patria de sus glorias, es casi un crimen.



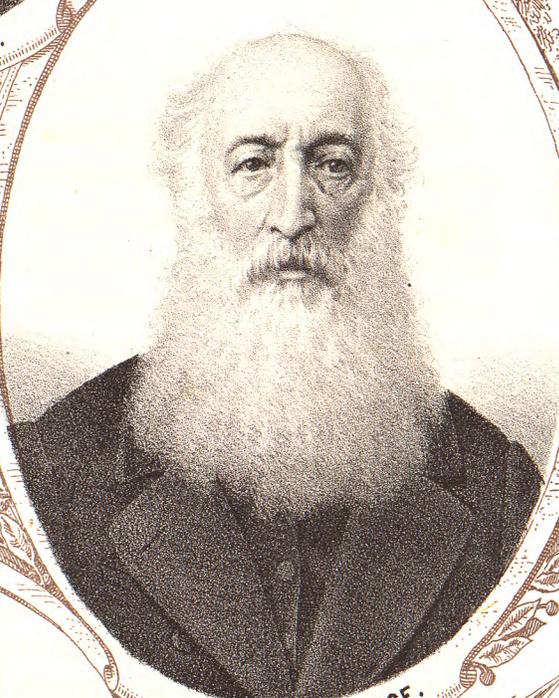
LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



AUGUSTO ULLOA.



J. FERNANDEZ DEL CUETO.



J. MONTERO TELINGE.



T. OLAZABAL ARBELAIZ.

CORTES

1869

CONSTITUYENTES

## D. AUGUSTO ULLOA.

---

Grande es la reputacion de algunas celebridades políticas de nuestra patria, que teniendo por escuela para su vida pública los trabajos científicos, las galas de la poesía, ó la propaganda de doctrinas liberales más ardientes ó retrógadas, estendidas por medio de la carrera periodística, llegaron en períodos determinados á ocupar los primeros puestos oficiales de la nacion.

En el sin número de ministerios que desde 1834 se vinieron sucediendo con una variedad que llegó á convertirse en sistemática, en casi todos y con especialidad el escritor periodista, tomó una gran parte en la confeccion de esos gabinetes más transitorios ó permanentes, garantidos por las intrigas de las camarillas palaciegas, espuestos con frecuencia á sus perfidias y acechanzas, y rarísima vez electos por el verdadero soberano, por la voluntad del pueblo.

Hánse visto tambien ocupando el alto puesto de consejeros de la corona, hombres estraños á las letras y á todo conocimiento de interés útil, pero hábiles en intrigas, como medio buscado al intento para escalar el poder. Merecen entre todos marcada predileccion el genio inspirado del poeta, y más aun la fecunda imaginacion del infatigable periodista, consecuente á los preceptos de su credo político, que supieron por medio de la prensa hacerse conocer de los pueblos que veian en ellos sus legítimos defensores.

A este género pertenece el personaje cuya biografía vamos á describir. Hijo de la prensa, en la cual

sacrificó los primeros años de su juventud, por más que en ella hubiese adquirido la justa reputacion y comun afecto de que actualmente goza.

Nació D. Augusto Ulloa en la ciudad de Santiago el dia 28 de Abril de 1823, hijo de D. Jacobo, rico propietario de la provincia de Lugo, dedicado á la carrera judicial, llegando en ella por justo premio á sus relevantes servicios á la categoría de magistrado de la Audiencia territorial de la Coruña. Su hijo don Augusto siguió la misma profesion estudiando en la Universidad de Santiago y terminándola en Madrid, hasta recibirse de regente, segun el plan de estudios de aquella época, en la profesion del doctorado, con objeto de consagrarse á la enseñanza.

Los muchos amigos y contemporáneos de estudios que á la sazón se dedicaban en la córte á la vida penosa de periodistas, concedores de la brillante y fecunda imaginacion del que con tanta decision queria ejercer el profesorado, confiando, no en vano, en sus buenas dotes y en la conciencia con que habia estudiado, le animaron para que tomase parte en el estadio de la prensa en favor de sus creencias políticas. De esta manera empezó la vida pública de D. Augusto Ulloa, que, á poco tiempo fué reconocido su mérito, adquiriéndole justo renombre los juiciosos y discretos artículos publicados en los periódicos liberales *La Nacion*, *El Clamor Público* y *El Tribuno*.

Durante los años de 1850 al 53, que los gobiernos reaccionarios ocuparon el poder, Ulloa, harto conoci-

do en la prensa de oposicion, sufrió las persecuciones y molestias consiguientes á la tiranía con que asediaban á la prensa liberal. A principios de 1854, el gobierno, por sus actos arbitrarios, se veia hostigado hasta en las últimas trincheras, establecidas bajo la salvaguardia del régio alcázar, por la indignacion pública; aquel gabinete despótico, para ponerse á cubierto del grito sagrado del pueblo, que con eco amenazador se repetia incesantemente en sus conciencias, buscaba en las medidas más violentas su única áncora de salvacion, y los principales agitadores de la prensa, los que, reprobando los hechos punibles de un gobierno que pretendia encubrir su tiranía con la máscara de una Constitucion desgarrada, salieron desterrados de la córte, único medio de imponer silencio á las justas quejas con que aquella protestaba.

Ulloa siguió la suerte de sus compañeros de desgracia, sufrió el arresto y salió desterrado para Lugo. Estas medidas que con tanta frecuencia adoptaban los gobiernos reaccionarios, en buen criterio, no eran otra cosa que proteger una propaganda, sin comprenderlo quizá, pues natural era que aquellos desterrados habian de tener correligionarios en los puntos á donde iban destinados, lo cual, prescindiendo de la estorsion y menoscabo de sus intereses, era un recurso para estrechar más las relaciones y preparar los ánimos y el espíritu público, para el momento en que fuese necesario. Así aconteció en Junio de 1854. El grito de libertad dado en los campos de Vicálvaro resonó en todos los ángulos de la monarquía, extendiéndose con extraordinaria rapidez. Ulloa, que habia hecho una propaganda de grandes resultados, merced á su método persuasivo y á las grandes simpatías con que contaba en la provincia que le servia de destierro, fué despues uno de los más activos directores de la sublevacion verificada en ella contra la tiranía del gobierno, que en aquella época aciaga regia los destinos del país. El pueblo, siempre grato para los que se sacrifican por sostener incólumes sus derechos, deseaba ocasion de darle una prueba inequívoca de su alta consideracion, y no tardó en realizar su deseo, eligiéndole por un número considerable de votos, su representante en las Córtes Constituyentes.

No se habia equivocado el país en su eleccion. Ocasiones varias se presentaron al infatigable defensor de las libertades patrias en aquel nuevo palenque para poder demostrar sus dotes oratorias, desconocidas hasta entonces por falta de ocasion propicia. Las esperanzas de cuantos en él depositaron su confianza no salieron fallidas. Conservando su credo liberal á

una Constitucion y conveniente á las circunstancias de la nacion, abogó con razones incontestables lo indispensable del veto en el monarca, demostrando en su discurso profundos conocimientos en derecho político. Entre otros de sus discursos se lee el no ménos notable en defensa de la ley de imprenta, y otros varios en que reclamaban reformas de ventajosos resultados que seria prolijo enumerar.

Su primer nombramiento oficial fué el de Gobernador civil de la provincia de Gerona, que no llegó á ser aceptado.

En Diciembre de 1855 fué destinado para Director de política del ministerio de Estado, del que se posesionó en Enero siguiente, sin goce de sueldo. Pocos dias despues pasó á la categoría de subsecretario del mismo ramo, cargo tambien que aceptó como honorífico sin retribucion alguna, en el cual subsistió hasta Julio de 1856, en que la naciente agrupacion unionista sustituyó despues de las injustificables cuanto sangrientas jornadas, que la patria recordará siempre con sentimiento profundo, al gabinete progresista. Ulloa fué instado repetidas veces á que tomase parte en el nuevo ministerio, para el que se le brindaba con una cartera, pero lejos de aceptarla renunció la subsecretaria de Estado, retirándose por algun tiempo de la política.

A la caida del ministerio O'Donnell la reaccion, llamada á sustituirle, pretendió borrar de la mente de los pueblos el recuerdo de su grande aunque pasajera felicidad de dos años. Vano intento: cuando una vez llegan á tocarse los sabrosos frutos de la dicha, el recuerdo persiste en el espíritu humano y la pugna es perpétua hasta tocarlos de nuevo. Volvieron á sucederse las persecuciones y las violencias, pero Ulloa y los demás apóstoles de la comunión progresista emprendieron de nuevo sus tareas, sometiéndose con resignacion á la vida de nuevos sacrificios. Sobradamente práctico en los acontecimientos y evoluciones que las exageradas exigencias habian creado, comprendió, despues de grandes observaciones, que el partido progresista, en el que se habia infiltrado ya como poderoso auxiliar el elemento democrático, se desviaba más del poder cuanto fuese mayor la ambicion del nuevo partido que tanto se alarmaba la voluntad real. En aquellas nuevas condiciones, para las cuales el país no se encontraba aun preparado de una manera conveniente, y á favor de las que medraba el partido reaccionario con descubiertas tendencias al absolutismo, creyó que el único medio de contener á unos y cohibir los siniestros planes de los otros,